

Narrativa japonesa actual escrita por mujeres

Por *Andrea Toribio*

Japón sorprendió en 1964 con unos Juegos Olímpicos de Tokio llenos de innovaciones tecnológicas que pusieron el país entre los más avanzados. Ahora iba a hacerlo de nuevo pero tendrá que esperar a 2021. Japón sigue siendo un mundo bastante desconocido. En las letras, por ejemplo, donde las mujeres —¿sorpresa?— llevan décadas de protagonismo. ¿Qué sabemos de ello? Andrea Toribio nos da las claves en este Cicerone.

No ha habido Juegos en Tokio, y tampoco disfrutaremos de otras tantas cosas. Tendremos que inventar ejercicios alternativos que activen el movimiento del espíritu. También buscar otros retratos de la sociedad nipona que nos permitan acercar la mirada, más allá de situar nuestro rostro frente al televisor y admirar un elástico salto de trampolín. No será necesario que acudamos a lo que comúnmente se conoce como “grandes relatos” nacionales, y tampoco que nos sirvamos de grandes medios ni de una logística imponente. Baste un bolígrafo, un bloc de notas o, si se prefiere, un ordenador para iniciar una pequeña travesía en la que no consten al final de ella ganador ni pódium alguno. Perdóneme que le interrumpa en ese punto, lector. ¿Podría usted citar alguna escritora o narradora japonesa, digamos al menos de este siglo o del anterior? ¿No, ninguna? ¿Por qué?

Entre el 'uchi' y el 'soto'

El pasado mes de junio, la editorial Impedimenta nos sorprendía con la publicación de *Territorio de luz*, de Yūko Tsushima, y lo hacía en libertad, sin etiquetas. El capital simbólico de la autora se trasladó desde el nombre de su padre, Osamu Dazai, hacia el suyo propio, pues se

hizo en su momento ni más ni menos que con los premios Noma, el Izumi Kyōka de Literatura o el Tanizaki. Tsushima pertenece además a la generación de escritoras postmodernas que replantearon el relato tradicional a propósito del matrimonio, y cuyas escrituras se debaten entre el *uchi* y el *soto*, esto es, entre lo que está dentro y lo que está afuera.

Su posición para con la literatura desechó pronto el marbete “literatura de mujeres”. Advirtió que este, por un lado, obstaculizaba la reflexión creativa y resquebrajaba la ambición de los proyectos artísticos y que, por el otro, se presentaba como un mal de época —de muchas épocas—, y que no dejaba de ser, por tanto, un síntoma de discriminación hacia las mujeres y hacia su entrada en los circuitos de lo público. De nuevo. Si algo tenía claro Yūko Tsushima era que la denominación referida anulaba los méritos de las escritoras y les impedía acceder a publicar en medios más reconocidos pues su discurso, esto es, todo aquello que quisiesen o supiesen decir, se consideraba marginal y, por lo tanto, fuera automáticamente de las dinámicas del campo literario japonés; consecuentemente, también de cualquier observatorio internacional. No por nada, la propia Tsushima, en una entrevista con Patricia Morley llegó a

reconocer que para ella la condición femenina era algo fuera del sistema, y no dejó de subrayar que escribía sobre mujeres porque ella misma se consideraba una. Volvamos sobre esta última afirmación porque, dicho así, puede sonar baladí, zonzoso, quebrado, y lo haremos a través de un fragmento de *Kitchen* (1988), de la también nipona Banana Yoshimoto:

«—También convertirse en mujer es tremendo, ¿sabes? —dijo Eriko un anochecer.

Levanté los ojos de la revista que estaba leyendo, y dije:

—¿Cómo?

La hermosa madre estaba regando las plantas de la ventana poco antes de ir al trabajo.

—Mikage, espero mucho de ti, por eso he tenido ganas de decírtelo. Yo también, cuando tenía a Yūichi entre mis brazos, mientras lo criaba lo comprendí, ¿sabes? Hay muchas cosas amargas, muchas. En realidad, una persona que quiera independizarse tiene que cuidar de algo, ¿sabes? De niños, o de plantas, algo. Así



ILUSTRACIONES
CENTRALES |

Macrovector en freepik



conoces tus propios límites. Este es el principio de todo.»

Hagamos un inciso, un alto en el camino. ¿Quién es Patricia Morley, qué diablos pinta en un texto sobre literatura japonesa escrita por mujeres una estudiosa extranjera? Pues bien, Morley es autora del iluminador *The Mountain is Moving: Japanese Women's Lives* (1999); un título que recoge la experiencia de las mujeres japonesas creadoras más allá de la segunda mitad del siglo pasado. La recepción de esta literatura en un contexto internacional era nula o, más bien escasa: las traducciones que pululaban eran de textos de hacía más de mil años. ¡Mil años! Aquí regresa la gimnasia, el movimiento elástico y rupturista: una maniobra global repercute sobre puestos locales y lo hace de manera imparable y, lo que es más importante, irreversible:

«En 1975, el Año Internacional de la Mujer y del movimiento internacional de estas afectó a las mujeres japonesas, y para el final de la década

de 1970 aparecieron traducidas en inglés las obras de autoras femeninas. El goteo pronto se convirtió en una corriente. Geraldine Harcourt, ganadora del Wheatlan Prize de traducción advirtió que en 1985 a una autora contemporánea como Yūko Tsushima se la empezó a considerar públicamente solo como *joryu sakka* (mujer escritora) en lugar de *joryu bungaku* (escritora de escuela de mujeres), una denominación temprana para todas las mujeres fuera del canon —innegablemente masculino—. Para 1990, Harcourt observó que una selección notable de gran número de autoras se había traducido.»

La palabra genealogía —tantas veces reiterada, siempre para bien, no olvidemos tan fácilmente las victorias— en lo que han dado en llamar *Women's Studies* es toda una declaración de intenciones: un acto de visibilidad de muchísima potencia. Si fuese un ejercicio, una demostración deportiva, quien juzgase no tendría otro remedio que otorgar la máxima puntuación: la llegada de las autoras japonesas al horizonte literario de los lectores se produce gracias a la traducción de sus textos por parte de otras mujeres como consecuencia



Rompiendo la etiqueta de "literatura de mujeres", las escritoras acaban también con el ancestral predominio masculino en las letras

directa de las traducciones vertidas al inglés y a otros idiomas como el español o el italiano... ¡por mujeres! ¡Mujeres leyendo a mujeres! ¡Asombrosa genealogía transversal! ¿Pero no sería limitante, restrictivo? No, no y no. Leamos a Tsushima de nuevo, y recurramos a otro volumen tan importante como el de Morley, de Rebecca L. Coppeland: *Woman Critiqued: Translated Essays on Japanese Women's Writing*. Esta vez charlando con la igualmente autora Takako Takahashi: "Para la década de 1970, las mujeres niponas admitían sin rodeos que los personajes femeninos en los textos cuya autoría era masculina eran difícilmente creíbles y que las expectativas puestas en las mujeres se sostenían con dificultad". Romper con esto suponía acceder al público, a todos los públicos. Si leemos ahora el fragmento citado de Yoshimoto, ¿significa, entonces, otra cosa? Ah.

Autoras: apunta, apunta

No es un consejo, ni una sugerencia. Y menos una imposición. Redacto un pequeño papelín y lo cuelgo en un corcho para quien lo quiera leer. Morley escribe en el prefacio a su libro los siguientes nombres: Fumiko Enchi, Minako Ōba, Swako Ariyoshi, nuestra querida Yūko Tsushima, Harumi Setouchi, Shidzue Ishimoto Kato, Shizuko Gō. Estos no son solo de escritoras, sino también de pintoras y de escultoras; en una palabra, son nombres de *artistas*. Me permito anotar también los que siguen, y me dejo muchos, siendo plenamente consciente de este hecho: la ya mencionada Banana Yoshimoto (haceos un favor, leed *Kitchen*), Yōko Ogawa (*El embarazo de mi hermana*, un libro en el que la ternura y el terror están llamados a convivir inevitablemente), Yōko Tawada (uno, el que sea), la Hiromi Kawakami de *Amores imperfectos*, Sayaka Murata y su más que sorprendente *La dependiente* o Natsuko Imamura con *La mujer de la falda violeta*.

No hubo Juegos en Tokio, y tampoco disfrutaremos de otras tantas cosas. Pero ya sabemos que de algo sí. Estas autoras, y no hay que inventarlas, solo buscarlas. ▀

Andrea Toribio es editora.